

Colección Ariel

Talento y carácter

El amor a la literatura constituye en nuestras tierras desoladas refugio magnífico. Cuando fenecen los lirios de la virtud y la ignominia incendia las almas, podemos crear pequeños jardines íntimos, y cultivar silenciosamente bellas campánulas de amor y fulgidas rosas del ideal. Refugio misericordioso canta el ruiseñor del olvido y perpetuase en ánforas de bronce la nobleza íngenua de nosotros mismos, lo más puro del ser. Leed si no los libros que aparecen en Hispano-América, y encontraréis, aun en aquellos cuyos autores han llevado al exceso sus prostituciones políticas, cierta nobleza melancólica, cierta bella amargura que indica que al contacto del ensueño toda alma se purifica y engrandece. No me explico yo, empero, tales dualismos. La palabra del escritor vale por la austeridad de su vida, por

las ideas que defiende, por los sentimientos que acaricia, por la probidad moral de que ha dado pruebas. Quien no sabe sufrir por sus ideales, quien no sabe rechazar halagos e injurias, quien no es capaz de colocar la honra por encima del fausto y de las riquezas, no es digno de manejar la pluma. En nuestros pueblos incipientes, en nuestras democracias acéfalas, ni el poeta tiene el derecho de preferir la estética a la moral.

El papel que le tocaba desempeñar a nuestra generación en América era verdaderamente envidiable y decisivo. Después de la generación que creó la Patria, después de la generación que implantó la República y concibió las leyes, la nuestra debía solidificar y perfeccionar tan magnas obras, estableciendo el régimen permanente de la libertad, destruyendo el caciquismo militar, educando el pueblo. En casi toda la América Española, nuestra generación ha sido inferior a su momento histórico. Las Ciencias, las Letras, las Bellas Artes nos deben su apogeo: la República nada nos debe; ni nuestros pueblos pueden enorgullecerse del relajamiento del carácter

nacional que con la palabra y la pluma hemos forjado. El talento puede salvar individualmente a un escritor del olvido, mas no salvará nunca a una generación de hombres del oprobio en que yace envuelta la época que le tocaba presidir.

En nuestros pueblos incultos, observan con marcada desconfianza a los que sólo llevan la lira del poeta—antes divina—como instrumento de trabajo. Si ante ella no van cerrándose todas las puertas como en la leyenda maldita, predisponense los ánimos para la defensa. El labrador, el obrero, el agricultor no comprenden la jerarquía del escritor porque no se la hemos enseñado a apreciar, porque no les hemos demostrado que nuestra superioridad no estriba únicamente en construir rimas y edificar bellezas, porque no les hemos hablado en el lenguaje que la muchedumbre ama y admira: el de los actos; porque no hemos sabido probarles que en nuestra aristocracia sólo son dignos de vestir la púrpura aquellos que poseen ambas grandezas: la del talento y la del carácter. Sembrador de ideas, es ya casi sinonimo de

corruptor de multitudes. A ese abismo hemos llegado: a avergonzarnos del más envidiable privilegio, a denigrar del más noble sacerdocio, a permitir que se demuestre impúne-mente: ¡que es el talento enemigo de la virtud!

Efímero fué siempre el triunfo de los cortesanos. En política, en arte, en literatura, la prostitución es momento transitorio. Pasadas esas hecatombes trágicas del honor y del buen gusto, toda nobleza prevalece, y el nombre del ciudadano como el título del poeta, volverán a merecer el respeto de la plebe. Mientras llegan esos tiempos venturosos, quien escribe estas líneas no gritará como el poeta heleno a los hombres de su generación: "Si queréis salvaros, sed geniales," sino más eficaz y perentoriamente: "¡Si queréis salvaros, sed dignos!" . . .

PEDRO CESAR DOMINICI

Sobre la necesidad de pensar

EL hombre estuvo aquel día inspiradísimo. Pocas veces habrían brotado de su boca de conversacionista frases más penetrantes, metáforas más nuevas y que, a la vez, pareciesen seculares—tan naturales eran,—paradojas más profundas, apóstrofes más apasionados. A ratos le temblaba la voz con un tembloteo que seguía el ritmo de las pulsaciones del corazón; otras veces le lloraba. Su pensamiento se desnudaba cínico y dolorido para estallar luego en una carcajada trágica.

Juan se le quedó mirando y al fin le dijo:

—¡Muy bien! no recuerdo haberle oído a usted mejor. Me ha hecho usted pasar una tarde inolvidable. Pero no crea usted que me ha convencido.

El hombre midió a Juan con la mirada y le contestó:

—Ni eso importa nada a mi propósito.

—¿Cómo que no?—replicó Juan.

—No, señor mío—añadió el hombre con una dulce firmeza;—no me importa nada el no haberle convencido a usted. Yo no hablaba para convencerle a usted.

—Entonces, ¿para qué?

—Yo hablaba tal vez para convencerme a mí mismo, pero en todo caso para ejercitarme en la conversación y para pensar. Por que yo, señor mío, necesito pensar en voz alta, necesito que mis palabras, pronunciadas en alta voz exciten mi pensamiento.

—Podía usted hablar solo y en alta voz en su cuarto—exclamó Juan.

—No—replicó el hombre,—solamente los locos hablan así, a solas, sin tener quien les oiga. Y yo, aunque hable, en rigor, como los locos, a solas, necesito tener quien me oiga y expiar su mirada, y observar el efecto que en él produjo, y recibir sus interrupciones, y el acicate de sus réplicas. Necesito público, aunque solo sea de una persona, y esta tarde usted ha sido el público de mi monólogo.

Lo que le pasaba al hombre les pasa a muchos, ya hablando, ya escribiendo. Pues hay gentes que sienten la necesidad de pensar, no de recibir el pensamiento ajeno, de formular con expansión y sentido

propios los tópicos generales y corrientes del sentido común, y no pueden pensar sino hablando o escribiendo, en una ideación social. Son gentes para las que el pensar social y públicamente, no individual y privadamente, constituye una necesidad.

Dicen que Nietzsche decía que escribía para librarse de las ideas—o formas de expresión de ideas: fórmulas, frases, metáforas, paradojas. . . .—que le persiguen a uno como pidiéndole que las dé vida. Y hay que echarlas fuera; si no, no se descansa. Si no expresara uno esas ideas, se le podrían dentro amargándole la conciencia. Idea que uno se guarda, idea que le corroe la mente.

Pero hay más y es que el que piensa de veras es el que expresa sus pensamientos. El que no sabe expresarse una idea es que no la tiene. No es más que una pseudo-idea, un fantasma, una nube de la que no cabe hacer estatua. Pensar es expresar; y ¿cómo puede mejor expresarse algo que transmitiéndole a otros? De aquí que esa necesidad de librarse de las ideas, de echarlas fuera, de expresarlas, no es sino la necesidad de apoderarse de ellas, de adentrárselas, de aprenderlas uno mismo.

Otro tudesco, Schopenhauer, habló, tratando del amor sexual, del genio de la especie, y enseñó que es el futuro sér que pide vida, la voluntad del posible hijo por engendrarse, lo que empuja a los amantes a unirse. Doctrina bien clara y obvia. Y es del mismo modo el genio de la sociedad el que le empuja a uno a pensar y para ello a expresar su pensamiento. Y de ahí brota la necesidad de pensar, tan necesidad como la necesidad de engendrar.

Hay quien no siente esta última, quien es irremediabilmente casto y continente: pero la abstención genésica, convertida en regla general, haría imposible la vida de la especie. Y lo mismo sucede con la necesidad de pensar. Hay gentes que no sienten la necesidad de pensar, que padecen de una terrible continencia mental—mejor sería llamarla impotencia—y a quienes les basta que piensen otros. Adoptan las ideas ajenas, sobre todo las ideas expósitias, incluso las hospicianas, y se adaptan a ellas. Su sentido común no necesita de más. Y suelen revolverse contra la libertad de pensamiento y hablan de la disciplina en el pensar. Pero la experiencia enseña que los que más suelen hablar de disciplina mental o de pensamiento suelen ser personas que

no piensan. Porque el verdadero pensamiento tiene la disciplina en sí mismo.

“¿Para qué escribe usted esas cosas, si con ellas no convence usted a nadie?”, podría preguntársele a un escritor que lo sea por necesidad de pensar social y públicamente, es decir de pensar y no por ganarse la vida con el estipendio que da el repetir pensamientos ajenos, más o menos incluseros, como le preguntaba Juan al hombre. Y el escritor podría contestar: “Es que necesito vivir; vivir, no como animal mamífero vertical que come, bebe, duerme, se reproduce y juega, sino como hombre que piensa, y yo no pienso, si no hablo o escribo para los demás—sean éstos pocos o muchos—no vivo sino como pensante social, y como necesito vivir así, y para vivir necesito pensar y para pensar necesito escribir pues . . . por eso escribo.”

Es frecuente querer distinguir en una misma persona que escribe al escritor del hombre, pero esto es casi imposible. Cuando se siente la necesidad de pensar escribiendo—de escribir pensando—el hombre que escribe es todo el hombre. Estorbarle que escriba es estorbarle que sea hombre.

Ahora . . . ¡hay tanta gente que no siente la necesidad de pensar! Y cuando

a estos desgraciados se les quiere excitar a que piensen, se irritan. No sé a quién le he oído que si a un eunuco se le administra una droga afrodisíaca, no se consigue sino irritarle el organismo y acaso provocarle una violenta diarrea. Conozco diarreas mentales, de sentido común, que tienen un origen análogo.

MIGUEL DE UNAMUNO

Conviene hermostear la escuela

No se piden edificios modernos, con todas las exigencias de una higiene severa. Esto sería lo apetecible naturalmente; pero nuestros recursos fiscales no alcanzan para tanto. Lo que se quiere es cambiar la casa destartalada, polvorienta y sucia, con aspecto de prisión o de vivienda de gentes de la peor ley, donde la luz y el sol se muestran siempre avaros y en donde la vista nunca encuentra el verde sedante de un vegetal, ni el oído percibe la música del chorro de agua; por la morada pulcra, de suelos y paredes relucientes, de corredores anchos adornados de tiestos florecidos, de huertos y jardines bien cuidados, olorosos a tierra en celo y dando recreo al espíritu con la policromía de las flores, el vuelo de las mariposas, el zumbido de las abejas y el trino de los pájaros.

El agua no ha de faltar en abundancia, purificándolo todo y siendo provocación constante al baño diario, que si limpia el cuerpo también lo tonifica, obrando al propio tiempo maravillas en el espíritu, que se aligera, se serena y con amor abre sus miradores a la vida, después de que aquél ha recibido la caricia

de linfa bienhechora. Una escuela sin agua, es como una madre sin sonrisas. Le falta un elemento educativo de primer orden, le falta dulzura de alma. Al hombre que desde pequeño no se le enseñan las excelencias del baño diario, ni se le inicia en las prácticas de pulcritud y respeto de su cuerpo, no puede exigírsele más tarde, que ostente un ser moral armonioso y bueno. El alma se resiente sin remedio de la plebeyez del vaso en que se encierra. Es indudable que en pueblos de delicadeza y arte luminosos y de serena y noble filosofía, como los griegos, los árabes y los japoneses, el placer del baño ha influido poderosamente en su peculiar comprensión de la existencia. Lafcadio Hearn, dice que las multitudes japonesas, por la frecuencia del agua, emergen un aroma de violetas... ¡Cosa encantadora, una masa humana que en vez de apestar, huele bien!

La escuela ha de estar adornada con la reproducción, en telas y yesos, de obras maestras de pintores y escultores, siempre que inclinen el espíritu al bienestar. Al propio tiempo, no faltarán cuadros que representen escenas reconfortantes de nuestra magna guerra, ni los retratos de los héroes más preclaros.

Una escuela constituida del modo dicho, facilitará considerablemente la tarea educativa. El niño, por la sola influencia de lo exterior, irá suavizando y puliendo las naturales asperezas del espíritu, pues es innegable la reper-

cusión que en éste tiene el medio ambiente. Y el resultado será satisfactorio en grado máximo, si el maestro, con verdaderas dotes para tal, aprovecha los elementos físicos con que cuenta, para ir insinuando en su discípulo ideas de orden, de respeto a la propiedad, de bien público, de trabajo, aseó y delicadeza. Un muro blanqueado sugiere múltiples consideraciones de orden social, dando pie para lecciones sobre limpieza e higiene, lo mismo que sobre la falta grave y los malos instintos que denuncia, quien lo macula con rayas o letreros obscenos. Los huertos y jardines son verdaderos libros de la naturaleza, cuyas páginas, llenas de vida animada y hermosa, pueblan un espíritu observador de inúmeros conocimientos, al par que le desarrollan grandes cualidades como la constancia, la habilidad manual, el amor al trabajo y al estudio, la seriedad mental y la admiración por todo lo creado, que insensiblemente conduce a abismarse en el conocimiento de la Suprema causa de las causas.

¡Cuántas cosas bellas, cuántas lecciones de sencilla sabiduría en el mundo minúsculo de un jardín! El retoño que sale de la tierra, con frescura infantil, cuando ayer no más nuestra mano sembró la semilla insignificante; las nupcias maravillosas de las flores; la alegría del primer fruto, que revienta con no se qué gentileza, como un agradecimiento del árbol por los cuidados recibidos: los colibríes y ma-

riposas que son "como besos de una flor a otra flor"; los derroches de paciencia y previsión de las falanges de hormigas siempre combatidas y nunca vencidas; los geroglíficos y escrituras que tejen arañas de peciolo a peciolo, o escriben los caracoles sobre las hojas; la vida monástica y troglodita de fúnebres coleópteros; el poema del color y del rocío condensado en la corola de una rosa o un clavel; las influencias que ejercen el sol y la lluvia sobre la explosión o muerte de gemas y frutos, y las admirables transformaciones de la tierra que se anima y vibra, como un organismo de mujer amorosa, para recibir el germen fecundante... Todo eso visto con ojos aplicados y espíritu ansioso ¡cómo ampliará el radio de las ideas y de las nobles emociones; cómo hará del niño un sér delicado, virtuoso y alegre!

La reproducción de las obras maestras servirá, al par que de alegría de los ojos, de temas inapreciables para que el maestro vaya descubriendo a sus educandos las excelencias del arte y acostumbRANDO sus inteligencias a recrearse en cosas altas y dignas y a mirar con repugnancia lo bajo y plebeyo. En presencia de los retratos de los héroes y de las escenas de la guerra libertadora, el concepto de la patria se irá bosquejando en el alma infantil, con su cortejo de amor a la libertad y a las grandes acciones y virtudes, y con el brote de sentimientos de homenaje y admiración,

tributados a los varones eminentes que, inflamados en sacro fuego, derramaron su sangre para la felicidad de futuras generaciones...

Los maestros, verdaderamente instruidos y penetrados del alto sentido de su ministerio, sin actuación alguna en la política militante y reconocidos como exponentes de una moral insospechable, en su vida pública y privada, serán remunerados con toda magnificencia. Así podría exigírseles competencia absoluta, pulcritud y cultivo incesante del espíritu. Es menester dar fin a la triste realidad del maestro de escuela mal alimentado, peor vestido, sin un octavo para gastar en libros, con la angustia y el cansancio dibujados en el semblante y mirado con desdén por todo el mundo, como a ser casi inútil. Mientras a los educadores de la juventud no se les eleve a la más alta esfera social, rodeándolos de profundo respeto, serán siempre entecos los brotes que se obtengan en la instrucción pública.

Un curso oral se abrirá en todos los establecimientos de educación, primaria o secundaria, que llamaré de *cultura social* o de *educación cívica*, y que nada tendrá que ver con las pedestres reglas de urbanidad aprendidas de memoria. Su objeto será la preparación del niño para la vida social a que está destinado. Quizá nuestra juventud y nuestro pueblo se instruyen admirablemente, pero lo que es educarse no se educan, por más que cueste dolor el confesarlo. El lenguaje, los modales,

la superficialidad, la acritud, la carencia de ideales, la falta de delicadeza, la vanidad y la insolencia están pidiendo a grito herido pronto remedio. Muy dueños de su voluntad, reclaman con ahinco el acatamiento a sus derechos, pero se creen desligados de todo deber. Y es precisamente lo que debe inculcárseles desde los primeros años de la vida escolar: que el hombre no ha brotado, aislado como los hongos; que vive en compañía de semejantes para con quienes tiene sagrados deberes que cumplir, siendo uno de los principales el de no ser desabridos ni egoístas; que la vida social no se hace digna y grata, sino con la práctica de virtudes en apariencia insignificantes, y mediante el mutuo auxilio y el firme propósito de no estorbarse los unos a los otros, porque pedir el amor como quería Cristo, demasiado.....En el curso que propongo, el maestro hablará a diario de sus deberes, descendiendo a los más menudos detalles, ilustrando su discurso con ejemplos tomados de la vida práctica e insistiendo especialmente en los defectos de la raza. Hay tema allí para conferencias durante un año; ¿qué digo, un año? Para la duración de un bachillerato. La cuestión está en que el maestro sea observador, psicólogo y amante del estudio. Así podrá infundir en sus discípulos amor verdadero por todo lo bueno y bello, como extrema repugnancia por lo avieso, vulgar e innoBLE. Es necesario gritar muy alto y repetirlo mu-

phas veces, que así como existen pecados mortales en el orden moral, también los hay igualmente negros y abominables en el orden social. Precisa llevar al ánimo de la juventud el pensamiento de que la alegría es virtud principalísima para el éxito; pero que no la ostenta el que quiere, sino quien se propone, merced a pacientes disciplinas, purificar su espíritu, iluminarlo con un amor infinito hacia Dios y lo creado, y hacerlo ascender cada día un poco en el conocimiento y la bondad.

En la educación de la mujer se extremarán los cuidados, dándole importancia capital al cultivo de la delicadeza. Hay que abroquearla, con escudo de virtudes conscientes, contra la ignorancia y la vulgaridad, y acostumbrarla al pensamiento de que si es débil por naturaleza, tiene en el corazón un inmenso potencial de fuerza, capaz de fijar, de modo decisivo, la suerte de los hombres presentes y futuros. Y esa fuerza no puede ser sino una amalgama de ternura, amor, sabiduría y pureza, que todo lo penetra y perfuma, como las esencias finas a los objetos cercanos. Así no será el "viejo enemigo del hombre", que dijo algún poeta, o "la fuente de malicia y de pecado" de que nos habla la Escritura. Será el ensueño en la realidad, la paz del alma, el supremo ideal de estos ojos humanos ensombrecidos por contagio de tanto mirar hacia la tierra....

Mujeres virtuosas, no gazmoñas; piadosas sin ser beatas ni directoras de conciencias;

ilustradas en los menesteres de la casa y en las modalidades del alma masculina, sin que por asomos las afee la repelencia de las marisabidillas; dignas y serenas, mas sin aridez ni orgullo; tiernas sin debilidad ni remilgo; parcas en el hablar y parcas en la moda; con sello de gracia perenne en su persona y en sus actos, pero sin sombras de vanidad; en fin, mujeres que sean espejo de perfecciones, bálsamo de consuelo y respeto de la vida, queremos para la salvación de la patria.

ALFONSO CASTRO

(*Revista de Filosofía*. Buenos Aires.)

La dormilona

MEDIA noche. La niñera Varka, que tiene trece años, mece la cuna y canturrea en voz apenas perceptible:

*“Na.....na.....Na.....na,
duerme niño chiquito,
hasta mañana.....”*

Al pie del icono arde un quinqué con pantalla verdosa. A través del cuarto, de pared a pared, se extiende una cuerda de la que penden varios pañales y un par de pantalones grandes, negros. En el techo, sobre el quinqué, tiembla un manchón verdusco. Los pañales y los calzones proyectan sombras alargadas sobre la chimenea, sobre la cuna, sobre Varka..... Cuando oscila la llama del quinqué, el manchón y las sombras se mueven, como si el viento los agitara. La atmósfera es sofocante. Se huele a ropa sucia.

El niño llora. Está ronco y débil de tanto llorar, pero continúa llorando, y no hay manera de hacerle callar. Varka tiene sueño. Se le cierran los ojos; se le dobla el cuello; le duele la nuca..... Apenas puede levantar los párpados ni mover

los labios. Tiene la sensación de que la cara se le ha petrificado, y de que la cabeza se le ha ido arrugando hasta convertirse en una cabeza de alfiler. *Na...na*—balbucea—*duerme niño chiquito, hasta mañana.....*

En una grieta de la chimenea chirria un grillo. En la habitación paredaña, tras de la puerta, ronan a pierna suelta el amo de Varka y Atanasio, el peón. La cuna rechina quejumbrosamente, Varka resonga..... Y los dos sonidos se acoplan suavemente, formando una cantilena agradable a los oídos de los que duermen. Para Varka, esta música resulta irritante y opresiva, pues invita a dormir, y dormir es imposible. Si Varka, Dios no lo consenta, se durmiera, sus amos le pegarían.

La luz del quinqué temblequea. El manchón verde y las sombras recorren el cuarto; suben, bajan por los muros, y penetran en los ojos semi-abiertos e inmóviles de Varka, amasando en su cerebro adormilado imágenes borrosas.

Varka ve un montón de nubes negras que van por el cielo, las unas tras de las otras, llorando como el niño. De pronto sopla un huracán. Las nubes desaparecen, y Varka descubre una espaciosa carretera toda cubierta de lodo. A lo largo del camino, rueda una retahíla inacabable de carretas. Infinitos hombres, con pesadas alforjas a los hombros, se arrastran penosamente hundiendo hasta las rodillas en el lodazal.

Entre los hombres y las carretas, van y vienen gigantescas, enormes sombras sin forma. A ambos lados de la calzada, a través de una neblina espesa y aguanosa, se columbran los picachos de abruptas serranías. Súbitamente, las sombras enormes y los caminantes de las alforjas se hunden y desaparecen en el barro movedizo.

—“¿Qué quiere decir esto?”—se pregunta Varka.

—“¡Van a dormir, van a dormir!”—responde una voz que retumba en los recovecos de las sierras.

Y los despeados caminantes descansan ricamente de la fatiga, duermen profundamente, aunque los cuervos, apostados en los hilos del telégrafo, graznan y quieren despertarlos llorando como el niño.

*Na.....na.....Na.....ta,
duerme niño chiquito,
hasta mañana.....*

Ahora Varka se ve en un aposento oscuro y miserable. En el suelo yace moribundo su padre, Yéfim Stepanoff. Varka no puede verlo, pero oye sus movimientos y sus quejidos. Según sus propias palabras, tiene “una quebradura.” El dolor es tan intenso que ni hablar puede. De su garganta sólo sale un sonido silbante, inarticulado.

“Oh, oh, oh, oh.....”

La tía Pelageya, la madre de Varka, ha ido corriendo a decirle al amo que Yéfim se está muriendo. Ya hace mucho tiempo que se fué ¡Cuanto tarda! Varka, apoyada en la chimenea, escucha con angustia los quejidos de su padre. ¡Oh, oh, oh, oh!..... Se oye el cascabeleo de un carruaje que se detiene a la puerta de la barraca. Es el médico, que está pasando unos días con el amo. El médico entra en la barraca; la obscuridad es tan grande que Varka no puede verlo, pero lo oye toser y cerrar la puerta.

—¡Traed una luz!—dice el doctor.

—¡Oh, oh, oh, oh!—responde Yéfim.

Pelageya corre a la chimenea en busca de una caja de fósforos. Pasa un minuto en silencio. El médico se hurga en el bolsillo, saca una caja, y enciende un fósforo.

—¡En seguida, en seguida!—exclama Pelageya y desaparece por una puerta. Un minuto después entra con un cabo de vela.

Las mejillas de Yéfim están encendidas, sus ojos chispean, su mirada es tan penetrante que parece poder ver a través del médico y a través del muro de la barraca.

—¡Vamos a ver, hombre! ¿Qué te pasa?—pregunta el doctor inclinándose sobre Yéfim.—¿Desde cuando estás así?

—¿Que qué me pasa? ¡Qué me ha de pasar, Señor! Que me ha llegado mi hora..... Que me estoy muriendo.....

—No digas tonterías, hombre.....¡ Esto no es nada !

—Como usted mande, Señor. Gracias, muchas gracias.....Pero yo no me asusto, Señor. Si tenemos que morir, ¡ qué le vamos a hacer !..... moriremos.....

El doctor pasa con Yéfim una media horas Después se levanta y dice:

Yo no puedo hacer nada..... Tienes que ir al hospital; allí te harán la operación. Pero tienes que ir a prisa..... sin pérdida de tiempo. Ya es tarde, y todos los del hospital se habrán acostado..... Pero no le hace. Yo te daré una carta. ¿ Me oyes ?

—*Batiushka*, ¡ y cómo lo vamos a llevar al hospital—exclama Pelageya—si no tenemos caballo ?

—No os preocupéis por eso. Yo le diré al amo que os preste uno.

El médico se marcha, la luz se apaga, y Varka vuelve a oír el monótono ¡ Oh, oh, oh ! de su padre. Al cabo de media hora, otro carruaje llega a la puerta de la barraca. Es el carro para trasladar a Yéfim al hospital..... El carro se lleva a Yéfim carretera arriba.....

Y ahora comienza a rayar el alba de una hermosa mañana veraniega. Pelageya no está en la barraca; ha ido al hospital a ver cómo está Yéfim..... Lloro una criatura, y Varka oye a alguien que canta con su propia voz:

*Na.....na.....Na.....na,
duerme niño chiquito,
hasta mañana.....*

Pelageya regresa del hospital, se santigua y musita:

—Anoche estaba mejor. Al amanecer entregó su alma a Dios. El Padre Eterno lo tenga en su santa gloria..... dicen que lo llevamos demasiado tarde..... debíamos haberlo llevado antes..... ¿Qué le vamos a hacer? Resignación.....

Varka sale al bosque y llora. De pronto alguien le da un cachete en la nuca con tanta fuerza que su cabeza choca violentamente contra el tronco de una haya corpulenta. Abre los ojos, levanta la cabeza dolorida, y ve al zapatero, su amo, en frente de ella.

—¿Qué estás haciendo, bestia?—grita el amo. El niño está llorando, y tú durmiendo tranquilamente.

El zapatero, furioso, le da una bofetada. Varka menece la cabeza, mece la cuna, y masculla su canturreo. El manchón verdusco del techo y la sombra de los calzones y pañales, tiemblan, se mofan de ella, y pronto vuelven a apoderarse de su cerebro. Otra vez ve la carretera enfangada e interminable. Los mismos hombres de las alforjas y las mismas sombras informes yacen aún, profundamente dormidos en el barro movedizo.

Al contemplarlos, Varka siente unas ansias locas de dormir como ellos. Va a arrojarse al lodazal, cuando su madre viene a decirle que tiene que ir al poblado en busca de trabajo.

—¡ Una limosna por amor de Dios !—va diciendo la tía Pelageya a todos los viandantes que tropieza en la carretera.—¡ Por amor de Dios, señorito, una limosna !,.....

—Dame el niño—truen a una voz conocida.—Dame el niño—repite la misma voz furiosamente.— ¿ Estás durmiendo, animal ?

Varka pega un salto y, mirando a su alrededor, recuerda donde está. No hay carretera, ni tía Pelageya, ni más personas que su ama, que se ha levantado para darle de mamar a la criatura, Mientras la rolliza mujer del zapatero alimenta y calma al bebé, Varka permanece de pié, inmóvil, en medio del cuarto, aguardando a que concluya su ama.

Fuera, el cielo se ve azulado. En el cuarto, las sombras del suelo y de los muros y el lamparón verdoso del techo casi han desaparecido. Pronto será de día.

—Tómalo—dice el ama, abotonándose el corpiño.—No hay manera de hacerlo callar. Alguna vieja le ha hecho mal de ojo.

Varka toma el niño, lo acuesta, y comienza de nuevo a mecer la cuna. Las sombras y el manchón verdoso se han esfumado por completo, y

ya no hay nada en el cuarto que distraiga su atención. Pero ahora, como antes, tiene sueño, siente unas ganas locas de dormir. Apoya la cabeza en la baranda de la cuna, y la mece empujando con todo el cuerpo, a fin de ahuyentar el sueño. Pero los párpados se le cierran, y la cabeza le pesa como nunca.

—¡ Varka, enciende la chimenea !—grita la voz del amo al otro lado de la puerta.

Es decir: al fin es la hora de levantarse y comenzar la faena cotidiana. Varka deja la cuna y corre en busca de leña al cobertizo. Está encantada. Cuando anda o corre no siente la falta de sueño tan intensamente como cuando está sentada. Entra la leña, enciende la chimenea, y se da cuenta con regocijo de que la cara, que antes parecía de piedra, se le va desentumeciendo, y de que sus pensamientos comienzan a aclararse.

—¡ Varka, prepara el samovar !

Varka astilla la leña, y apenas le ha prendido fuego para preparar el samovar, se oye una voz que manda:

—¡ Varka, limpia los zapatos !

Varka se sienta en el suelo, y mientras embe-tuna el calzado piensa cuán delicioso sería poder zambullir la cabeza en uno de los enormes, profundos zapatones de su amo, y quedarse así dormida durante un rato... Y, súbitamente, el zapato que tiene en la mano crece, se infla y llena

todo el cuarto. Varka deja caer el cepillo, pero en seguida sacude la cabeza, se restriega los ojos, y mira fijamente al zapato para cerciorarse de que ni ha crecido ni se mueve.

—¡ Varka, friega el portall... ¡ Los parroquianos se van a escandalizar si lo ven tan sucio !

Varka friega los escalones, arregla el cuarto, aviva el fuego, y corre al taller. Hay mucho que hacer, y no le queda un momento libre.

Pero nada le aburre tanto como sentarse junto al fregador y mondar patatas. Se le dobla la cabeza, las patatas brillan ante sus ojos, se le cae el cuchillo, y a su alrededor va y viene, sin cesar, el ama, con las mangas remangadas y hablando en tono chillón que se clava en los oídos de Varka. El servir a la mesa, el fregar y el zurcir son otras tantas torturas. Hay, en verdad, momentos en que, a pesar de las consecuencias, siente impulsos de echarse al suelo y dormir.

Transcurre el día. Y contemplando como se van obscureciendo las ventanas, Varka se oprime las sienas abotagadas y, sin saber por qué, se sonríe. La obscuridad parece acariciar sus párpados cansados y prometerle pronto un buen sueño. Pero al anochecer la casa del zapatero se llena de visitas.

—¡ Varka, prepara el samovar !—grita el ama.

El samovar es pequeño y, antes de que los visitantes se cansen de beber té, es necesario lle-

narlo y calentarlo cinco veces por lo menos. Después del té, Varka tiene que quedarse durante una hora mirando a los visitantes y aguardando órdenes.

—¡Varka, acércate a la esquina y trae tres botellas de cerveza!

Varka salta de su asiento, y más que corre vuela, para espantar el sueño.

—¡Varka, vé por vodka! Varka, ¿dónde has puesto el tirabuzón? ¡Varka, limpia los arenques!

Por fin se van las visitas. Se apagan las chimeneas. Los amos se meten en la cama.

—¡Varka, el niño está llorando!... ¡Mece la cuna!—dice el último mandato.

En la chimenea chirría un grillo. El verdusco manchón del techo y las sombras de los pantalones y de los pañales de nuevo comienzan a danzar ante los ojos semi-cerrados de la niñera. Se burlan de ella, la martirizan, y acaban por metersele en los sesos. Ella balbucea:

*Na..... na, Na..... na
duerme niño chiquito,
hasta mañana.....*

El niño llora, brama, aulla... En el cerebro de Varka surgen nuevamente la carretera fangosa, los hombres con alforjas a cuestas, su madre Pelageya y su padre Yéfin. Se acuerda de ellos, los reconoce a todos. Pero, en su somnolencia, no

puede comprender cuál es la horrible fuerza misteriosa que la ata de pies y manos, que la aplasta, y convierte su vida en un perenne martirio. Mira a su alrededor en busca del genio del mal que se complace en atormentarla sin descanso. Pero no puede encontrarlo. Por último, exasperada, concentrando en los ojos todas sus exhaustas energías, mira atentamente al manchón verdoso del techo, y al oír el llanto de la criatura, por fin descubre al demonio que está consumiendo su vida.

¡ El niño es el demonio !

Varka lanza una carcajada. Está asombrada. ¿Cómo es posible que nunca, hasta ahora, se haya dado cuenta de una cosa tan sencilla? Todo lo que la rodea—el manchón verdusco, las sombras y el grillo—parece participar de su asombro y reírse de su pasada estupidez.

En el cerebro de Varka ha surgido repentinamente una idea. La idea se apodera de su acción. Varka se levanta de la banqueta, y, riéndose, con los ojos desmesuradamente abiertos, recorre a zancadas la habitación. La idea de que pronto se va a ver libre del genio maligno que durante tanto tiempo la ha estado mortificando, llena su alma de esperanza y de alegría.

—Matar al niño, y, después, ¡ a dormir ! ¡ a dormir ! ¡ a dormir !.....

Y sonriendo, y apretando los dientes, y ame-

nazando con los dedos crispados al manchón verdoso que temblequea en el techo, Varka se arroja, encorvada, sobre la cuna, y estrangula a la criatura..... En seguida se echa al suelo, y rebotando felicidad al pensar que al fin va a poder dormir a sus anchas, se queda tan profundamente dormida, en un instante, como el niño muerto.

ANTON CHEKHOFF

(Hispania. Londres.)

Ante el cadáver de Darío

SEÑORES:

Yo no debiera hablar aquí! El grito del terror se ahoga en las gargantas, frente a los cataclismos. En el sagrario de los templos se marcha de puntillas, con el dedo en los labios; y, ante un dios que se eleva, se cae de hinojos, para que brote muda la oración en las almas, en los vapores invisibles del éxtasis, que al cielo sube como un incienso espiritual.

Ante la fuga de los genios, no debieran levantarse tribunas!

La oratoria es bien menguado tributo ante la excelsitud. Y el lenguaje es pequeño, como es pequeño un baldaquino para encerrar una montaña, como es pequeño un palio para cubrir un sol.

Para ensalzar la novedad de esa lira, habría que encontrar primero la novedad de otro idioma. Buscad para ello ¡oh Condes Palatinos de la Melodía! el vocablo de bullones de raso, la palabra de gregüescos de seda, el concepto de chambergo de pluma y cintillo de diamantes, y escribid todo eso poniendo la ideal gota lírica en la pluma de un cisne!

Mas no olvidemos que hoy el mejor lenguaje es el silencio. Porque él es lengua muda en las congelaciones del espanto; porque él es verbo sin sonidos en el recogimiento de los templos; porque él es el idioma sin palabras de las admiraciones.

El más excelso poema doloroso, para la majestad de ese cadáver, son las torres que llo-ran sus clamores de bronce; es la lira universal que se calla, porque acaba de romperle la muerte la más egregia de sus cuerdas de oro; es ese pueblo tembloroso, que dobla sus rodillas, no ante la potestad de un cetro, sino -ante un ruiseñor muerto, ¡ante su ruiseñor!, el mismo pueblo que puso cierto día, como una cuadriga, a su entusiasmo, para arrastrar gloriosamente al poeta, y que pone hoy a su dolor, azada en mano, a cabarle una fosa en cada corazón!

*

Pero, no!... Que yo también tengo derecho para lanzar a gritos mi dolor!... El dolor tiene escudo y calza espuelas en las heráldicas del sentimiento! Si es cierto que se ha ido una lira para el mundo, también lo es que se ha ido un hermano para mi alma. También yo tengo, señores, mi pajarera en el espíritu. Y en este instante siento como si se me hubieran muerto las alondras, como si se me hubieran derramado los trinos, como si se me hubieran roto las estrofas!

*

“Vuelve a desatarnos la ausencia nuestra doble fraternidad de corazón y de intelecto!” me dijo cierta noche, bajo el cielo de España, junto a un tren que se iba, tras un abrazo largo de triste despedida. Y una lágrima me cegó las pupilas. Mas luego una esperanza amanecía en lo más hondo de mi sér; una esperanza que me tiñó de rosa mis nublados, y me secó la lágrima: ¡Volveremos a vernos!...

Y hoy... fuí yo quien lo vió irse! Y las lágrimas que queman mis pupilas y me ciegan los párpados no podrán sonrosarse ni secarse con el amanecer de una esperanza, porque la sombra de esta ausencia postrera es la sombra infinita de una infinita noche sin aurora.

*

¿Será preciso decirnos de su obra de poeta?... ¿Quién que sepa hablar la dulce lengua de él no sabe también a maravilla el vasto surco abierto en tierra indiana por ese arado gigantesco?...

Antes de su venida mesiánica, la flora hispánico-mental languidecía. Conceptismos de artificio, desmayos de expresión, anemias de idea, amaneramientos culteranos, misonéismos de elocución y pensamiento. La poesía hallábase diluída en retórica, el sentimiento tenía tornasoles de sensiblería, la crítica anegábase en Larras y Hermosillas, y el pensamien-

to filosófico topaba en las columnas de Hércules de Balmes y Donoso Cortés.

*

El mundo castellano hallábase rodeado mentalmente como de una muralla del imperio de China. Aquí en América, el coloniaje intelectual persistía como un efecto del ya muerto coloniaje político. La servidumbre no existía en derecho, pero el esclavo se había habituado a las cadenas. En Francia, la patria redentora de todas las conciencias y el bautisterio de las glorias mundiales, había nacido el águila romántica de las cenizas de la momia clásica; el escarabajo del naturalismo inventariante, de los despojos congestivos del romanticismo, apoplético de declamación; y, de los restos medanescos, tristes como las canciones de la carne, asfixiantes como las nostalgias del ideal, alzó su vuelo el pájaro del símbolo y de las melodías silenciosas del alma: el pájaro azul del modernismo!

Mas las arpas de España nada sabían de eso. Y las cerebraciones de estopa, en la América Latina, seguíanse nutriendo en la ubre tóxica de la madre expirante.

Entonces fué cuando oyó el mundo como un vagido rítmico en esta lejana Belén de Nicaragua. ¡Era que acababa de nacer el Mesías de la lira española!...

El tuvo precursores: la flauta intensamente

lúgubre y lunática de José Asunción Silva, la ingenua sutileza de Manuel Gutiérrez Nájera, la tristeza lapidaria de Julián del Casal, el cisne heróico de José Martí. Pero nadie, como Rubén Darío, tuvo las musculaturas en el puño y las musculaturas en el ánimo, que eran precisas para espantar fariseos y violar sinagogas. El, y sólo él, fué, Sansón sin Dálila, quien hizo bambolear, con sus brazos de coloso, las columnas del templo filisteo.

El fué quien sembró el gérmen de la gran masa vírgen e ignara. Y—tal las momias clásicas de Francia ante el chaleco rojo de Gautier—los críticos audinos bufaron de ira ante el escándalo, indignados hierofantes que echaban sangre sacra por los ojos, frente a aquel Alcibíades de sangre negandama, que se ponía a mutilar los dioses con desenfado de profanación, bajo la aureola sin reflejos de sus decrepitudes.

Y le llamaron entonces *decadente*. Y a todos nosotros, los que después seguimos por la ladera azul la ascensión apostólica de la Harmonía, también se nos llamó decadentes por el montón ilustre. Del mismo modo que habían llamado antes a los cruzados de Lutecia. Y, como ellos lo hicieron, nosotros también recogimos el insulto, e hicimos del trapo irrisorio divisa de combate.

Y ora veíamos la rima egregia enganchada en el gracejo de algún pobre hombre forrado de Hermosilla, o abofeteada por el sayón bru-

tal, o despreciada como cosa de orates por los pedagogos del mesón de Roque Barcia, aquellos que pasaban horas muertas limpiando, fijando y dando esplendor a sus botonaduras idiomáticas.

Mas todo en vano! Que en pos del Redentor del Verbo en lengua de Castilla, fuimos tras la rima nueva, tras el ritmo raro que no respecta consagraciones de hemistiquios, tras la recóndita melodía que se deshorna de las viejas musicalidades de sarao, tras el neologismo vivo y ágil, tras el vocablo arcaico engastado en verso de oro, prestigioso de siglos, como un anciano camafeo que se engríe en las nuevas cinceladuras del buril, como un añejo vino que echa su espuma Augusta en las aristocracias de un cristal de Bohemia.

Y Darío fué entonces como una bandera continental del pensamiento invasor y de la estética rebelde; una bandera acribillada a flechazos por los Valbuenas pamperos, arrullada de dianas por las trompeterías exultantes de una juventud cuyas narices, ávidas de oxígeno, se ensanchaban olfateando las savias y presintiendo las tormentas fecundadoras, entre las huecas sonoridades de los Pombos y la murga de los Pezas ramplones y gaiteros.

Y nos apoderamos del fino buril galo que llegaba en la mano patricia de Darío. E hicimos versos que no eran cosa de antes, sino otra cosa, labrada, exquisita, sabia, perfecta

de virtuosidad. Versos de escándalo, que aguzaron las burlas de los pedagogos del periódico, para ser después la humillación de los mismos, por el estrépito de la marcha triunfal y el sonoro aletazo de las banderas desplegadas.

Hoy le quedan a la sangre intelectual de la América, extravasada de las venas de la Lírica hispana, armonías que vuelan en lo íntimo, sobre la armonía del sentido; algo esotérico de cripta iniciática, para uso de oídos suprasensibles, en el peldaño del eopta; algo que va melodizando paralelamente con la idea.

Le quedan fortalezas de hierro en las venas del pensar, y matices de ensueño en el sentir; y, por encima de la frase, el aleteo de la evocación y el lejano amanecer del infinito!

*

Permitidme que evoque antes de concluir, la visión de un recuerdo, triste y dulce, como la grata melancolía de las horas murientes de un crepúsculo.

Rubén yacía, sobre un lecho de enfermo, en el rincón de una provincia francesa. Sentíase morir. En el cuarto alquilado, la noche de una angustia flotaba sobre la soledad. Era el silencio como la tiniebla del sonido, y era la sombra como el silencio de la luz.

Y sintió el poeta enfermo, que en la mente le dolía una idea y que en el corazón sangraba un sentimiento. Era la idea de la patria, y

el sentimiento de expirar lejos de ella. Era su Nicaragua, su tierra desgraciada, abatida por la tempestad y asolada por el infortunio; la tierra en que él pensaba siempre, la que llevó entre sus ansias, la que no salió jamás de sus instintos, y que debía ser por la atracción de los destinos, regazo para su agonía, mortaja para su cadáver y osario para sus huesos.

Y esa idea y ese sentimiento fueron creciendo en él como una obsesión de moribundo. Y, cuando más no pudo, cogió el poeta a su enfermero la mano, y le rogó escribir lo que él dictara. Y lo que aquellos labios, al parecer indiferentes, dictaron, era como el poema de un desbordante amor de hijo, cristalizado en lágrimas.

“La República Argentina fué una tierra de gloria para mí—dijo él.— Háblase allá de conservar mi cadáver. Lo agradezco. Pero quiero otra cosa: que mis despojos sean para Nicaragua. Ya que mi patria no me guardó vivo, que me conserve muerto!”

Y el dedo de Dios le señaló el camino!

El vino, lentamente, paso a paso, a recibir el beso con que sellaron su fuga de la vida los mismo labios que le besaron al nacer en la cuna.

El ya tiene el regazo de madre que quería.

Y ella, la Patria, ya se vió convertida en urna esplendorosa de la gloria de su hijo!

SANTIAGO ARGÜELLO

La primera lluvia

*Oh, sembrador violento; fuerte y cálido
viento de temporal! Incontenible
y bullicioso, sopla! zumba y sopla
con renovada furia, porque traes
esta lluvia contigo! ¡Y alardea
de tu aspero vigor para que caiga
el agua más tupidia!*

*Que esta lluvia
se acreciente y me empape; mi cabeza
descubierta, chorree y se sacuda
como una copa de árbol, y mis manos,
al agitarse trémulas, parezcan
hojas enloquecidas; y las nubes
se especen todavía, y me destilen
mayor sonoridad sobre mi cuerpo!*

*¡Oh, lluvia! magnificame y deprimame,
y vuélveme a empapar! Te hago el presente
de este acto incontenible que me arroja
a correr sobre el pasto doblegado
por los brillantes de tu mano; y bajo
las ramas empapadas de los árboles,
recibir con mis labios sus goteras*

perfumadas y frescas Yo me siento desatado también; me agita esta densa de quererme perder por las llanuras y correr lado a lado con las bestias

¡Oh, impetuoso entusiasmo primitivo que tan suntuosamente repercutes debajo de esta gran renovadora!

Eres retornadora; yo te acojo con un violento regocijo y lleno de un asombro mayor: me has revelado un timbre nuevo, y en mi afán has puesto esta suntuosidad. Miro la vida como una cosa virgen y que tiene mejores panoramas, y en mis ojos, aclarados y limpios, el aspecto de una nueva verdad.

Porque tú vuelves otra vez hacia el suelo toda tierra adherida a las hojas y le llevas la juntada en los techos, yo presiento que de nuevo a esta pródiga deseas acercarle piadosa el buen contacto de raíces, de sávias y de frutos, y el calor de un latido humanizado!

Empápame y arrástrame contigo, y vuélveme a empañar retornadora!

Tu cabellera

*Ahora que mis labios se han abierto
en común devoción como dos alas
fervorosas y trémulas de anhelos;
ahora que mis dedos se han juntado
como unos mandamientos en la misma
dirección religiosa, y son mis ojos
como unos caminantes que han llegado
a colmar sus visiones, yo he querido
purificar el vuelo de mis versos
y los traigo en ingenua complacencia
a buscarse el arrimo que me piden
y no les negaré tu cabellera!*

*Tu cabellera! viva y abundante
como tu corazón! Sobre mis brazos
desnudos la he sentido, y me corría
como una fuerza joven y armoniosa
que llegaba a mi espíritu y bajaba
en suave castidad sobre mis manos
y volvía a mi pecho, y lo cubría
con el manso vencer de su pasada*

*Cuando en mis rudas manos, palma arriba
la he solido coger y no cabía,
y por entre mis dedos temblorosos
su tibia ondulación me rebosaba,
yo me he vuelto al Señor y le he pedido*

*que se dejara bautizar de esta agua,
que en humana cabeza sobraría!*

*Yo la echara a ondular sobre mi cuerpo
palpitante y desnudo, y entraria
con cristiano temblor hasta mi sangre. . . .
y en una oscura angustia de belleza
diría las plegarias que mi boca
no ha sabido rezar y sentiria
acaso la ansiedad de hacerme un santo!*

*Tu cabellera es fuerte y es completa:
yo me siento abrigado si la toco;
alabo las mercedes del refugio;
y parezco una selva en el continuo
fuir de agitaciones. Me confieso
de toda pequeñez, y de sentirme
incomprensivo con las cosas y hasta
con el espejo que ora en sus entrañas
la copiosa oración de tus cabellos!
Y semejo un camino cumbre arriba
por donde van desnudos y no llegan
los vacilantes pies de mis deseos. . . .*

*Tu cabellera es amplia, y me parece
realizado ensueño de tu cuerpo
para formarte un nimbo de ti misma!*

Tú la dejas triunfar en el sosiego

*de tus brazos alzados y cubiertos
por la luz que ella irradia; y ellos siguen,
como un arrobamiento, sumergidos. . . .
y así en esa actitud tú resplandeces,
porque ella es la bandera y el regazo.*

*Caiga tu cabellera aquí en el lado
sobre mi corazón, amada mía!
tenga el aquietamiento de las manos
maternas en la frente del pequeño
hijuelo preferido, y sea escudo
contra el daño probable. . . .*

*¡Aquí en el lado,
sobre mi corazón, tu cabellera
como una fuerza viva y abundante
que no pueda cesar, y mensajera
de unas horas que nunca hayan traído
maravillas de instantes a la tierra!*

ERNESTO A. GUZMAN

(De *El Arbol Ilusionado*. Santiago de Chile. 1916.)

La Razón Suprema

Es tal la sublime belleza de la oblación del heroísmo, del sacrificio, en esta guerra, que se pregunta uno si todo el horror de la catástrofe no está compensado a veces con la magnificencia divina de que las almas dan muestras.

Si, como pensó el autor de *Más allá del Bien y del Mal*, la finalidad del mundo no es la justicia, sino la *belleza*, esta finalidad se ha conseguido.

Francia no había hecho jamás, ni con su admirable filosofía, ni con su estupenda literatura, ni con su Louvre, ni con su Arco de Triunfo, ni con su Versalles, algo tan bello como lo que está haciendo hoy con su prodigioso sacrificio unánime, al cual contribuyen todas las fuerzas vivas de la nación en un solo impulso místico. Francia se ha creado una sola alma, temblorosa de amor y de abnegación, y este es un espectáculo moral de incomparable hermosura, de majestad suprema.

La Belleza por excelencia surge de la tragedia, ya lo sabemos. Sólo la tragedia es pedestal suficiente para que sobre ella se yer-

ga la estatua de la sublimidad espiritual. Sólo en tragedias de la magnitud de la presente, el alma del hombre alcanza la estatura gigantesca que le avvicina a las estrellas.

Ciertamente es lamentable, infinitamente lamentable, que se pierdan en flor tantas vidas, que se desmoronen tantos hogares, que se dilapiden tantos miles de millones; pero midiendo y pesando el pro y el contra, si de un lado de la balanza ponemos todos estos daños y del otro el haz maravilloso de actos más heroicos, de abnegaciones divinas que han hecho revelarse esa alma idealmente bella de que hablábamos, nuestro instinto de perfección y de belleza, ¿no se sentirá, por ventura, satisfecho y no encontrará que la sangre, las lágrimas y la ruina están celestemente compensadas por Aquel que en el crisol de los dolores hace arder (aparentemente sin piedad y en realidad con una piedad inmensa) el espíritu oscurecido de las grandes razas para devolverle su esplendor de antaño?

Porque, en suma, lo que importa al sér que nos impulsa no es ciertamente ni el capital, ni el talento, ni el sensualismo que se regodea en los placeres. A ese divino Pastor Invisible de la especie no parece interesarle que haya naciones donde florezcan los negocios, ni oligarquías todo poderosas, ni palacios en que los despilfarros compitan en locura. El no ha ahorrado jamás el dolor a los grandes espíritus predilectos suyos, y ha repartido el

dinero con desdén tal de aquéllos a quienes lo da, que el oro es casi siempre un signo de vileza y estulticia.

El pretende algo muy distinto del bienestar material y de la ecuanimidad social. Usa del dolor como espuela negra que se clava en los ijares del corcel de la especie, y no retrocede ante ningún martirio, si de ese martirio ha de surgir el esplendor de una gran alma, el diamante de un claro y excelso carácter.

Los cuerpos para él no son nada:... uniforme efímero que vistió el escolar invisible para asistir a la escuela del mundo.

El quiere convertirnos en dioses, y en su eterna tenacidad no ceja ni le asustan nuestros gritos ni le mueven nuestros gemidos: lo mismo podría el diamante en bruto gritar ante los esmeriles del lapidario holandés.

—“Espera, tonto—dírale el lapidario:—ya veremos si me llamas cruel cuando estés convertido en *Koh-i-Noor* y radies en la corona del Rey de Inglaterra y Emperador de las Indias!”

Bien sé que el egoísmo familiar protesta de este sistema educativo; duro es, confesémoslo; pero no más que el que el más bueno de los padres emplearía para educar al hijo rebelde a quien ama a pesar de todo.

La mejor justificación de los grandes dolores se halla en nosotros mismos, cuando, ya sufridos y llena el alma de una melancólica y

dulce serenidad, encontramos que estuvieron bien, que así debió ser y, sobre todo, que *crecimos* con ellos.

Hay tempestades purificadoras que destruyen muchos árboles cuajados de nidos....

No seamos, por otra parte, más rebeldes que los hombres que están en las trincheras. Ellos han hecho el sacrificio de su vida a la causa de la Patria y de la Justicia, y nosotros, los que dormimos en blanda cama y nos calentamos con "calefacción central"; los que saboreamos el dulce jugo de las naranjas de Valencia y miramos resbalar los copos de Enero como bandadas de mariposas blancas detrás de nuestras vidrieras herméticas, ¿nos quejaríamos de los rigores que ellos soportan y lamentaríamos la duración de prueba que ellos tan gallardamente resisten?

¿Y osaríamos empañar con nuestro reproche la limpia serenidad de su sacrificio resignado y sonriente?

¿Dios, pues, sólo sería padre cuando llena de oro nuestras arcas, cuando hace flover a tiempo sobre nuestros campos, cuando hincha las perlas oscuras o ambarinas de las parras, cuando multiplica los ganados en las dehesas y las frutas y las hortalizas en las huertas?

En el libro de Job, Satán encuentra muy natural que el santo varón sea simple, recto y temeroso de un Señor que le ha colmado de mercedes;... pero que ese Dios le hiera en su

cuerpo, en sus huesos y en su carne, y ya se verá si continúa bendiciéndole:

“Alioquin mitte manum tuam, et tange os eius et carnem, et tunc videbis quod in faciem benedicat tibi...”

¿Dios, por tanto, no sería padre cuando se dedica a su *oficio esencial*, que es el de *afinar* almas, el de espiritualizar el mundo?

Cuando Cristo nos dijo *sed perfectos como es perfecto vuestro Padre Celestial*, nos colocó resueltamente delante del *ideal absoluto*, que no se consigue ciertamente con el florecimiento industrial, con muchas fábricas, muchos ferrocarriles, muchos telégrafos, muchos buques de todos géneros, muchas aeronaves, muchos bancos, muchos palacios y castillos, muchas reuniones mundanas y muchos cotos de caza....¿Negación del llamado progreso? No, simplemente estimación del progreso como un medio y no como un fin.

*

Si merced a esta tremenda catástrofe, un poco más de amor y de bien imperasen en el mundo, porque los aliados lograsen salvar definitivamente de entre las llamas de la conflagración el ideal del Derecho con su secuela necesaria de respeto a los pequeños, amenazados por la deificación brutal de una barbarie “sabia”, pero contundente y aniquiladora; si, gracias a esta gran guerra, las metalizadas sociedades de antes se acordasen de que tie-

nen una alma y que el pulimento de esta alma es el supremo negocio; si los corazones se abriese un poco más en lo sucesivo a la piedad; si la continua cercanía de la muerte purificase las intenciones de los hombres; si la convivencia de pobres y ricos fraternalmente unidos en las trincheras, acelerase el triunfo evangélico de la fraternidad; si en lo sucesivo ninguna potencia se atreviese a atropellar a otra inerme o confiada; a vulnear un derecho, a burlar la santa promesa de un tratado, Dios mío, ¿por ventura este cataclismo no estaría compensado milagrosamente; por ventura Francia, Inglaterra, Rusia, Italia, no se sentirían ufanas, a pesar de tanta sangre, de haber sido el maravilloso instrumento de la transformación del planeta; por ventura no brillarías tú en las conciencias después del nubarrón invasor, con una luz de verdad nunca antes contemplada?

Responda a estas interrogaciones la conciencia de cada cual.

*

.....Pero ¿y habría que pensar entonces con un optimismo acaso excesivo e inadmisibles, que la provocación alemana al mundo ha sido providencial?

Para mí, claro que todo es providencial. Como yo creo en la lógica—no en la inmediata y visible, sino en la mediata e invisible—de cada suceso, no estimo, naturalmente, que la

gran guerra haya podido coger desprevenido al Destino.

El Destino nunca duerme.

Imaginaré, pues, que el resplandeciente Kaiser, con su espada, ha abierto—sin intentarlo—el absceso del mundo, y que el pus del capitalismo, del militarismo, del materialismo bestial, está saliendo por allí.

Tardará en salir, bien lo sé. Bien sé también que para desmilitarizar a Alemania el mundo tendrá que militarizarse por algún tiempo.....Pero ya hemos repetido, tomándolo de Rodolfo W. Trine, Dios no se precipita jamás: “tarda algunos meses en madurar una manzana; diez mil años en conglomerar una tonelada de hulla, y muchos cientos de siglos en formar un cerebro como el de Platón o un corazón como el de Cristo”. Concedámosle, pues, el tiempo necesario para exprimir el absceso y descongestionar los tegidos....

En Inglaterra se cree que la guerra durará aún tres años. No está mal calculado, supuesta la magnitud del tumor.

Conviene, además, una vez que el horror se ha enseñoreado del mundo, que dure lo bastante y duela lo bastante para que el mundo se acuerde de él..... y no vuelva a empezar; porque el mundo es olvidadizo por excelencia y las grandes catástrofes difícilmente lo aleccionan.

Siempre habrá un poco de barbarie organizable *científicamente* en el plancta y gentes

interesadas en imponerla para su provecho.

Esta barbarie se querrá valer de todas las grandes palabras para que los cándidos, confundiendo los términos, se dejen seducir por ella, y empleará asimismo todos los inventos; porque los inventos dedicados a destruir, tienen siempre una eficiencia trágica muy superior a su "rendimiento pacífico".

Pero la humanidad sabrá ya por experiencia (¡ y qué experiencia!) que no hay más que una clase de naciones cultas, ya sean individualistas o ya dejen de serlo, a saber, las naciones rectas, justas, nobles, respetuosas del ajeno derecho; sabrá asimismo, que la especie no se perfecciona si no se perfeccionan las almas, y que (aun considerándolas en principio excelentes) son infinitamente despreciables la "organización", la "disciplina social" y otras zarandajas, si al llegar a su pleno desarrollo sólo han de servir para arrasar pueblos, incendiar catedrales y universidades, mutilar niños, violar doncellas, asfixiar soldados con gases melfíticos, saquear palacios, echar a pique buques indefensos, imponer a ciudades exhaustas brutales tributos de guerra, etc., etc., y todo ello con un fin no menos alto que el que pueda tener un enjambre de abejas al asaltar y destruir otro enjambre, y un hormiguero, al asaltar y destruir otro hormiguero, en el concepto de que los hormigueros y los enjambres obedecen a "sistemas de ordenación" como los tudescos, y si no se llaman,

panformicistas o *panapiscistas* es porque no tienen un lenguaje como el nuestro....

Si esa fuera la civilización, yo, el más pequeño de los filósofos, tendría a mucha honra renegar de ella y preferir el antiguo taparrabo azteca, las plumas y la paz augusta de mis selvas vírgenes, donde la brutalidad es más noble delante de la naturaleza y de Dios, sin necesidad de haber leído a Kant, a Fichte, a Schelling, a Schopenhauer y a Nietzsche.... (¡Que Dios nos guarde de las brutalidades que pasan por la universidad, y de las "tonterías *adulteradas por el estudio*", que dijo el otro!....)

Haga, pues, el destino que este cauterio de la llaga deje una cicatriz indeleble en la especie, para que nunca más *la razón suprema* sean los morteros de 42 ó los gases asfixiantes; para que la *suprema ratio* sea el amor entre los hombres, del cual el mundo tiene hambre y sed hace tantos siglos.

AMADO NERVO

(De *América Latina*. Londres)

Salmo de creencia

La vida es íntegra:
el arte es íntegro.

L. de la R.

Al poeta Enrique González Martínez.

¡ Fe de poesía,
fe de armonía !
Fe en el ritmo glorioso, fe en la lira constante
que me da su piedad de melodía.
Fe en la armonía
que hay entre mar y estrella y entre rosa fragante,
y entre sabios y brutos humildes y poetas,
y entre la tierra,—toda de sol febricitante,—
y entre la vida próspera y entre el ávida muerte
de entrañas insondables, de esperanzas escuetas.

Fe de poesía,
Fe de armonía !
He aquí que ya he leído los libros, y que todos
vanos fueron a tu alma y a la mía,
oh Cisne de Lucea !
He aquí que ya de múltiples y de cansados modos,
mi alma, ahíta de ciencias de amargura,
el discurso agobiado de palabras desprecia.

Y alza sus alas fuertes, toda desnuda y blanca,
y quiere la luz pura,
y tiene una virtud en que se estanca
la paz inagotable, como en un lago manso

la sideral teoría
de los soles compactos en cielos de negrura.

¡ Fe de armonía !

Y ser como un remanso,
—cristalino descanso,—
que mira eterno a los espacios mudos,
y copia tempestades
que dislocan los árboles copudos;
y copia inmensidades,
y copia el rostro de la fiera, y copia
los fatigados rostros de los hombres,
sin inquirir sus vidas ni sus nombres;
y sigue reflejando,
en su simplicidad de agua tranquila,
en minúsculo cerco, humilde y casto,
—Musa ¡ así quiere mi alma tu pupila!—
todo lo que se erige, lo que desmaya o cesa
bajo el gran cielo indiferente y vasto.

¡ Y cabe aún la lírica tristeza !

De la vida a la muerte solo lanzar un grito,
oh poetas ! espíritus que el feraz infinito
hinche de soles íntimos y de sabiduría:

Fe en el ritmo glorioso,
y fe en la caridad del anchuroso
corazón de la sacra poesía:
He aquí las cinco tablas de un misericordioso
saber sencillo y magno:

¡ Fe en la heroica armonía !

LEOPOLDO DE LA ROSA

La conquista de la luna

DESPUES de establecer un servicio de viajes redondos a la Luna, de aprovechar las excelencias de su clima para la curación de los sanguíneos, y de publicar, bajo el patrocinio de la Smithsonian Institution, la poesía popular de los lunáticos (“Les Complaintes” de La forgue, tal vez), los habitantes de la Tierra emprendieron la conquista de la Luna.

La guerra fué rápida y decisiva. Los lunáticos, seres los más suaves, no opusieron resistencia. Sin discusiones en cafés, sin tumultos populares, sin ediciones extraordinarias de “El Canto de la Alondra,” se dejaron gobernar de los terrestres. Los cuales, a fuer de vencedores, padecieron la ilusión óptica de rigor, clásica en los tratados de Físico-Historia, y se dieron a imitar las modas y usanzas de los vencidos. Tal imitación comenzó en Francia, como adivinaréis.

Todo el mundo se dió a las elegancias opacas y silenciosas. Los tísicos eran muy solicitados

en sociedad, y los moribundos decían frases excelentes. Hasta las señoras conversaban intrincadamente, y aun los reglamentos de policía y buen gobierno estaban escritos en estilo tan elaborado, que eran de todo punto incomprensibles.

Los literatos vivían en la séptima esfera de la insinuación vaga y de la imagen extravagante. Creyeron los críticos que se tornaba a Mallarmé, mas pronto salieron de su error. Pronto se dejó también de escribir literatura, porque ésta no había sido sino una imperfección terrestre anterior a la conquista de la Luna.

JULIO TORRI.

Una carta

Señor Director de ARIEL

(¡Y cuánto más, pero mucho más, en Costa Rica!)

Muy señor mío y amigo:

Acabo de leer el número 79 de su interesante “Colección”, y entre los curiosos recortes que contiene veo lo que dijo, de “humanidades clásicas”, el senador norteamericano Mr. Lodge, hablando en la Universidad de Harvard... Aun me parece mejor — distinguiendo lugares — lo que dice usted en la breve Nota que pone al pie de su reproducción y pongo yo por epígrafe de estas cuartillas que le dirijo, si no para la publicación, —que no merece—, para expresarle la afectuosa coincidencia con usted como profesor en ejercicio, de quien lo fué hace más de medio siglo y, a Dios gracias, todavía goza de cierto sentido común con gentes nuevas y nada regresivas en cosa alguna... Los “regresistas”, amigo mío, son los otros señores que, con la boca llena de “progreso”, se quedan empalagados en estas Américas

“españolas”, tan distantes y atrás con respecto a los de la “inglesa”.

No he de hacer aquí un resumen del buen artículo que tan oportunamente reproduce usted, del señor Taboadela y revista “Cuba Contemporánea”... Basta que sus jóvenes lectores y lectoras lo estudien en “Ariel” y se lo aprendan de memoria—“por corazón”, entendimiento y buena voluntad—, que así se “aprende de memoria”, faltando al uso corriente o miserable abuso de los que abominan de esta vieja “potencia del alma” y moderna enemiga de ciertos pedagogos que, por suerte, ya van pasando de moda... desde que nuestro “Xenius” les puso la paletilla en su lugar, con brillante “rehabilitación de la memoria” y, además, con justa “diatriba sobre torpezas pedagógicas” de ultramar y domésticas... Y en esto de la “memoria”, que pudiera parecer digresión senil, dígame a usted, y sostengo, que no me aparto cosa del asunto de Mr. Lodge y su sabia defensa de estudios clásicos en la educación moderna; puesto que la virgen Memoria, por obra y gracia de “Zeus” o “Júpiter”, para mayor claridad, parió las Nueve Musas y de ahí todas sus invenciones, “inútiles”, ciertamente, para quienes andan ‘miran-

do al suelo y con las manos adelante”, como ciegos, y “utilísimas para los racionales, a quienes — dice Ovidio — ‘naturaleza concedió andar derechos y mirar al cielo’ ”... Sí, estimado y valiente profesor, en tiempos y lugares donde tantos miran para el suelo, como si fueran de la vista baja y tan pegados a la tierra como los mismos alcornoques de la montaña inculca.

¡Bien haya el señor Taboadela en “Cuba Contemporánea”, donde no dudo que surta provechoso efecto el extracto de Mr. Lodge!... Labora en tierra bien abonada, para hacer prosperar en ella todo lo bello y verdadero como simiente racional, sin que eso impida, ni ha impedido nunca, lo útil en sentido material, ni lo dulce mentalmente considerado. Y por mejor decir, siempre hubo en Cuba intelectualidad sobresaliente. digan cuanto quieran los del prejuicio político, para los cuales todo tiempo pasado fué “peor”. Allí un Lanuza supo leer de corrido el hebreo en pocos días de clase, aunque no pudiese “utilizarlo” más tarde como ministro, embajador, o presidente del Tribunal Supremo; allí un Dr. José María Céspedes aprendió el árabe, hasta ganarse el premio en exámenes del segundo Curso, sin

que tal cosa, “inútil” hasta cierto punto, le impidiese para explicar brillantemente su asignatura en la facultad de Derecho; allí un Dihigo y Mestre, no satisfecho con el griego de clase oficial, del que nada escaso era su sabio Profesor Tagle, se aplicó particularmente conmigo y, “como Pedro por su casa”, nos metimos de lleno en la gran “Colección Didot”, comparando textos griegos con versiones latinas, lo cual, con todo y la “inutilidad” para moler caña en el Ingenio de su señor padre, tengo por cierto que fué bastante “útil” a su propio ingenio para llegar a ser docto profesor de “filología comparada”, donde no se juega con eso, sino que se explica y trata con estudiantes regularmente hábiles en lenguas clásicas y modernas...

Pero dejándonos de estas cosas—en que intervine y algo pude hacer—, piense usted ahora conmigo, acá en su tierra donde me hospedo, en la “filología castellana” que podrá enseñarse a estudiantes perfectamente ayunos de latín clásico y su evolución histórica en castellano y demás lenguas hermanas. Y con todo eso, tal asignatura consta en los planes de “segunda enseñanza” y sus jesuíticas “humanidades modernas”, no sé si con “una” lec-

ción semanal, como varias otras del retozo pedagógico, latino - americano y soberanamente infantil.

No recuerdo, ni quiero recordar, a quién oí decir que con dicha clase de "filología"—ilusoria—se suplían las de latín, evitando, por conveniencia social, el estudio de la lengua eclesiástica: lo cual siempre me pareció una majadería blasfema en el Estado y una blasfemia majadera en la Religión de esta república... Usted sabe mejor que yo, que los llamados estudios clásicos en nada pueden estorbar a los más modernos conocimientos, cuya invención y lenguaje se relaciona de tal modo y compenetra de lenguas muertas redivivas—o, mejor dicho, siempre vivas—, que los estudiosos de ciencias y letras, sin dichas lenguas son ante un libro moderno, como los monigotes que, ayudando a misa, pronuncian griego y latín, desde los "kiries" hasta el "ite, missa est", sin darse cuenta racional del asunto. También consta en la "Historia de Costa Rica", por Montero Barrantes, que algo de tales idiomas—absolutamente prácticos en la cultura moderna—se cursó aquí en su país, y no sólo en los "colegios prehistóricos", sino también, de cierto, en el histórico Liceo, donde mi

ilustre y estimado amigo (de grata memoria) don Mauro Fernández "fundó" aquel grado de pública enseñanza, según los propios pedagogos hechizos que, hace años, vienen destruyendo su bello edificio de amor patrio, con dicho grado secundario y el primario y superior a todos los posibles en importancia cultural.

Ahora digo a usted, en conclusión, valeroso maestro, mi buen deseo de que insista en lo apuntado sobre tan educadores estudios clásicos que, lejos de estorbar a lo moderno, hacen posible su aprendizaje. Porque ni ciencias ni letras pueden leerse a conciencia y en positiva eficacia, privado el estudioso lector de comprender su propio tecnicismo, y las frecuentes citas de sus libros más modernos y hasta de moda entre verdaderos intelectuales de todo el mundo culto. Sabido es que los débiles en pedagogía, como en todo, en todo suelen tomar el rábano por las hojas; y eso es, precisamente, lo que hacen respecto de los Estados Unidos y su educación nacional. Piensan gozar del fruto, grato y sustancioso, y se atracan de sólo cáscaras, secas y de ningún valor nutritivo.

De usted afectísimo amigo y servidor,

VAL. F. FERRAZ

(9-VIII-16)

El rey mudo

TRISTE cosa es pensar que esta humanidad que ha hablado por la boca de Cicerón y oído la voz de Mirabeau, se deje vencer villanamente por un mudo. Este mudo implacable y tiránico, llevó en el siglo XV a un negociante de Pirna a romper la unidad de la Iglesia en los mercados alemanes, como ahora la unidad económica de los intereses mundanos.

Se le adora con delirio y se le destruye estúpidamente. Es una divinidad diabólica que prodiga sus dones en la paz, pero que lleva los hombres a la guerra. Por ella desafía el hombre el fragor de los combates, las tempestades del mar y la inclemencia de los climas. Por ella se quebranta la palabra, se tuerce el sentimiento, se falsea la moral, se viola el Evangelio y se posterga la belleza. Pone el Asilo por delante de sus ambiciones y se esconde detrás de la plegaria. Redime de la culpa y hace un traste de la idea. Sin su patrocinio, Diana de Poitiers en vez de ir a la catedral de Ruan, hubiera ido a la Conserjería de París.

Vaya un caso menudito sobre la influencia palmaria del rey mudo.

Son dos muchachas de aquí o de cualquier parte, contrapuestas en todo y muy particularmente en el patrocinio del rey. Vivía la una bajo las arcadas del templo de la divinidad silenciosa. No había podido la otra ascender siquiera a las gradas del templo. Esta, en cambio, con la corrección de sus líneas, con la alegría de sus años y con el salero de su gracia, hubiera servido de modelo para hacer a Aglae, Talía y Eufrosina. A mí, siempre que la veo, se me representa Valentina Page, la realidad artística y escultural del Odeón. Es una de esas bellezas que cautivan la vista y rinden la voluntad; pero que mueren en la esterilidad lastimosa del olvido.

Si tuviera el amparo del rey me casaría con ella—decía un enamorado suyo; pero como no le tiene, tengo que casarme con la fea.

Y mañana, cuando la desgarbada suba al tálamo, estará la bella pensando en el asilo triste del Convento; pero ni allá podrá llegar sin el amparo del rey.....

GASPAR CHAVERRA

(De *Colombia*. Medellín.)

EDICIONES DE LA LECTURA

Paseo de Recoletos, 25, Madrid.

CLÁSICOS CASTELLANOS

OBRAS PUBLICADAS

- SANTA TERESA — *Las Moradas*. Por don Tomás Navarro.
TIRSO DE MOLINA — *Teatro*. Por D. Américo Castro.
GARCILASO — *Obras*. Por D. Tomás Navarro.
CERVANTES — *Don Quijote de la Mancha*. Por D. Francisco Rodríguez Marín, de la Real Academia Española. (8 vols.)
QUEVEDO — *Vida del Buscón*. Por D. Américo Castro.
TORRES VILLARROEL — *Vida*. Por D. Federico de Onís
DUQUE DE RIVAS—*Romances*. Por D. Cipriano Rivas Cheriff (2 vols.)
B^o JUAN DE AVILA — *Epistolario Espiritual*. Por D. Vicente García de Diego
ARCIPRESTE DE HITA — *Libro de Buen Amor*. Por D. Julio Cejador (2 vols.)
GUILLEN DE CASTRO — *Las mocedades de Cid*. Por D. Víctor Saind Armesto
MARQUES DE SANTILLANA — *Canciones y decires*. Por D. Vicente García de Diego
FERNANDO DE ROJAS—*Celestina*. Por D. Julio Cejador (2 vols.)
VILLEGAS — *Frólicas o amatorias*. Por D. Narciso Alfonso Cortes
POEMA DE MIO CID. Por D. Ramón Menéndez Pidal, de la Real Academia Española.
LA VIDA DE LAZARILLO DE TORMES. Por D. Julio Cejador.
FERNANDO DE HERRERA. — *Poesías*. Prólogo y notas por D. Vicente García de Diego.
CERVANTES — *Novelas ejemplares*. Prólogo y notas por D. Francisco Rodríguez Marín, de la Real Academia Española.
FR. LUIS DE LEON — *De los nombres de Cristo*, Tomo I. Por D. Federico de Onís
FR. ANTONIO DE GUEVARA — *Menosprecio de corte y alabanza de aldea*. Edición y notas de M. Martínez de Burgos.
NIEREMBERG — *Epistolario* Por D. Narciso Alfonso Cortés

Imprenta Greñas.

Calle 4.^a S., entre Avenidas 4 y 6

**Libros - Periódicos - Folletos
Hojas sueltas**

**Recibos talonarios Cheques
Tarjetas de visita**

**Facturas Etiquetas Invitaciones
Programas Diplomas**

Esta imprenta se encuentra instalada yá en su nuevo y espacioso local, situado en la Calle 4.^a Sur, entre las Avenidas 4.^a y 6.^a Oeste, á 125 varas del Parque Central, construido especialmente para tipografía y que presenta grandes comodidades para el trabajo.